

*Meditación del día*  
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Viernes 19/7

Lc 30-32 : *Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»*

Comentario

Hemos llegado al punto culminante de nuestro viaje tras los pasos de nuestros dos amigos. Hemos llegado a Emaús, los discípulos están a gusto con ese misterioso desconocido que parecía no saber nada de los acontecimientos del día, pero que en realidad sabe más que nadie, porque conoce la dinámica profunda de los hechos.

Los vemos a todos sentados a la mesa y, de repente, la historia da un giro inesperado para los dos discípulos que habían invitado a Jesús a cenar con ellos. Las partes se invierten: ahora ya no son ellos quienes ofrecen algo a Jesús, sino que es Jesús quien les da el pan.

Y no sólo eso: esta vuelta permite abrir los ojos de los discípulos, que hasta ese momento habían estado como ciegos: habían hablado con Jesús, habían caminado con él durante mucho tiempo, le habían escuchado interpretar la Biblia, pero aún no lo habían reconocido.

Parece imposible: nos preguntamos cómo no se habían dado cuenta antes de que se trataba de Jesús, pero aquí el evangelista Lucas está utilizando una estrategia narrativa, que utiliza para hacernos comprender plenamente esta historia.

Esta estrategia se llama narración de agnición, de una antigua palabra griega que significa reconocimiento. Ha sido muy utilizada en la literatura desde la antigüedad, Aristóteles ya hablaba de ella, definiéndola como "un paso de la ignorancia al conocimiento acompañado de reversión" (Poética)

El primer aspecto del cuento de la agnición es una ausencia, la pérdida de un ser querido que tanto sufrimiento provoca. El sufrimiento es la base del camino que, a través de signos, intuiciones, recuerdos o testimonios, conducirá al reconocimiento.

El reconocimiento -es importante destacarlo- no es sólo el del ser querido que finalmente se encuentra, sino que también significa la comprensión de lo que esa persona representa.

Pensemos en Ulises, que regresa a Ítaca vestido con trapos, como un mendigo, y al principio nadie le reconoce, excepto su perro, que, sin embargo, no puede hablar. La primera persona que lo reconoce es una humilde mujer que forma parte de la servidumbre de palacio, la niñera de Ulises. El signo que permite a la niñera reconocerle es una cicatriz que Ulises lleva en el cuerpo, una marca indeleble y única.



TORINO 2024

13° raduno  
internazionale



En nuestro pasaje evangélico, los discípulos necesitan que Jesús parta el pan para que el velo caiga de sus ojos, para que se produzca el reconocimiento.

Partir el pan es el signo indeleble de Jesús y la marca que lo distingue.

Su entrega, el hacerse pan para todos e invitar a los demás a hacer lo mismo es algo que está grabado en él como puede estarlo una cicatriz: un signo inconfundible.

Sólo él parte así el pan y ese gesto resume su vida.

Los discípulos ahora ven y ven a Jesús vivo. El tema de la ceguera es recurrente e importante en los evangelios.

Y también lo es en la literatura. Las más altas páginas literarias nos enseñan precisamente esto: a quitarnos la venda de los ojos, a dejar de ser ciegos ante nuestros propios defectos y ante las virtudes de los demás, a abrir bien los ojos a la verdad.

"Pero, además, todas las buenas historias, de un modo u otro, giran en torno a la visión": personajes deslumbrados por deseos que les obsesionan, por ejemplo, pero también "la ceguera como el núcleo de la opresión social".

Lo cierto es que, en la vida real, incluso más que en los libros, somos esclavos de ilusiones y prejuicios, de las cosas que queremos ver y oír. ¿No es la ceguera ante los demás la fuente de todos los males en el mundo real? Si los amos de los esclavos los hubieran visto como lo que eran -seres humanos como ellos-, ¿les habrían infligido tanta crueldad?" (Nafisi).

*Se les abrieron los ojos*, escribe Lucas de los discípulos, y Dante en el bosque oscuro dice: Me encontré a mí mismo: es un despertar.

"El testimonio de Jesús sobre la presencia de Dios indica el modo de un despertar por el que entramos en contacto con Aquel que no abandona a nadie...

No tiene sentido preguntarse dónde está Dios y cómo puede ayudarnos.

No es Dios el que está lejos, es el hombre el que se ha dormido, el que está ausente y disgregado, perdido para sí mismo" (Mancini).

El evangelista Lucas nos dice que los ojos de los discípulos se abrieron en el preciso momento en que Jesús partió el pan y lo compartió.

Sólo entonces comprendieron el significado del otro signo que habían recibido: el ardor de sus corazones mientras Jesús interpretaba las Escrituras a lo largo del camino.

Sólo entonces fueron capaces de relacionar un signo con el otro.

Estos versículos sobre el reconocimiento de Jesús tienen un poder extraordinario: en muy pocas palabras engloban un proceso fundamental de la fe.

Cuando reconocemos a Dios en nuestra vida -a través de una intuición, una experiencia, una palabra leída o escuchada-, somos capaces de relacionar los signos de la presencia de Dios que hemos recibido a lo largo del tiempo, pero que todavía no habíamos comprendido.

Pensemos en ese juego de niños: hay una hoja de papel con muchos puntitos, y cuando uno los mira sólo ve un conjunto de puntos sin ningún sentido

Pero cuando el niño coge un lápiz y traza líneas que conectan los puntos entre sí, revelan una forma, un dibujo, por ejemplo la forma de un animal o de una casa, y es como un descubrimiento: el dibujo ya estaba ahí en el papel, pero los ojos del niño no podían verlo antes.

Los discípulos ven a Jesús partir y ofrecer el pan, unen los puntos y por fin comprenden. Aparece un dibujo, ya no hay la confusión de antes.

¿Y cuál es la imagen que surge?

"El símbolo central de la nueva visión de la vida, el reino de Dios, es una comunidad reunida en una comida festiva, donde se comparte con todos el pan que sustenta la vida y la alegría que sostiene el espíritu" (McFague).

"Una comunión con Dios y una comunión con la tierra y una comunión con Dios a través de la tierra" (P. Teilhard de Chardin, citado en McFague).

"El misterio cristiano es un misterio de comunión" (Vannucci).

"No la santidad de los elegidos, sino la plenitud de todos" (Schüssler en Sally 82).

La Eucaristía: un tema tan profundo y vasto... Cuando empecé a pensar en ello, sentí que es como un enorme tapiz de muchos colores. Sigues un hilo y encuentras un nudo que te conecta con otro hilo y luego encuentras otro nudo y otro hilo de nuevo, y así el tejido se ensancha, se vuelve vasto, y te das cuenta de que ese tapiz incluye todo el Evangelio.

La Eucaristía, símbolo total, encierra en sí todo el anuncio de Jesús. Por eso, el sentimiento de asombro, de admiración que suscita es grande. La emoción de un misterio tan profundo, tan arraigado en la vida, que si escarbo encuentro aún más profundidad y luego más y más ...

Pero ocurre que todo lo que dura mucho tiempo y que repetimos a menudo tiende a perder su carga de emoción. La maravilla, el sentido del misterio se desvanecen y la rutina toma el relevo. Es normal; está en el orden de las cosas que lo que está inmerso en el tiempo a lo largo de los años se vaya apagando. Ocurre incluso con los acontecimientos más bellos y preciosos. Sucede como con la plata, que se oxida con el tiempo. El brillo sigue ahí, pero ha quedado debajo, cubierto por los sedimentos y el paso del tiempo.

Lo mismo ocurre con la Eucaristía.

Lo que ocurre es que el tiempo, la repetición, convierte el gesto sagrado en rutina para nosotros, lo vacía de misterio, empaña el asombro. La gente puede entrar en Misa sin sentir ni asombro ni alegría, y salir sin sentir arder su corazón, sin haber reconocido a Jesús vivo entre ellos. Entonces hay que hacer como con la plata: pulirla.

Cuando Jesús habló a los suyos de comer su cuerpo y beber su sangre, todos se quedaron boquiabiertos. Era algo inaudito y chocante. Algunos discípulos se alejaron, decepcionados y descontentos por haber perdido el tiempo siguiendo las excéntricas locuras de un Galileo.

Para nosotros, sin embargo, la Eucaristía ya no es algo inaudito. No nos resulta chocante. Con el tiempo se ha domesticado, se ha convertido en lo que no era al principio: un acto exterior de culto separado de la vida, cuando debería ser una experiencia transformadora de la vida.

Liberemos a la Eucaristía de su pátina opaca. Redescubramos su corazón palpitante.

He estado en Grecia. Una de las primeras palabras que aprendes cuando vas allí, al alcance incluso del turista menos capaz de desenvolverse con idiomas, es eucharisties. La oyes todo el tiempo y la aprendes con gusto, porque es una palabra útil.

En griego, gracias sigue siendo la misma palabra con la que la Iglesia llama a la Cena del Señor. Y es una palabra que está en boca de todos, creyentes y no creyentes, todos los días. Una palabra que sabe a casa, una palabra de la lengua materna.

Lástima que no sea así en italiano. Cuando la Iglesia utiliza una palabra que no está en el lenguaje cotidiano, esa palabra se especializa para ese único uso religioso, el único en el que tiene sentido. Por eso la palabra eucaristía parece no tener nada que ver con la vida cotidiana.

Pero, en cambio, ¿qué hay más inmerso en la vida y más familiar, espontáneo, natural que un gracias? Decimos gracias tantas veces al día, y lo hacemos porque somos seres con necesidades, seres dependientes que recibimos continuamente: de otros seres humanos y de la naturaleza, del aire, del agua, del sol, de los animales y de las plantas... Si no recibiéramos continuamente, no podríamos seguir vivos.

La palabra italiana *grazie*, aunque no tiene ninguna relación con la palabra eucaristía, mantiene sin embargo un claro vínculo con la palabra gratis. La Eucaristía es un agradecimiento por algo que recibimos gratuitamente; es, por tanto, un don, un regalo en respuesta a nuestra necesidad.

No sé si esto está claro para todas las personas que van a Misa. Me temo que para algunos (o muchos, no lo sé) la participación en la Eucaristía no es sentida como un don para nuestra necesidad, sino al contrario como una petición de Dios a nosotros. Por tanto, adquiere el sabor de un deber, de una obligación. Pero esto no es lo que Jesús tenía en mente, de hecho, es exactamente lo contrario.

*Jesús pensó en la Eucaristía como un don para nuestra necesidad, una respuesta a nuestra hambre y sed.*

Por eso, creo que un sacerdote, antes de celebrar la Eucaristía, debería preguntarse: ¿de qué tiene hambre hoy mi pueblo? ¿Qué necesitan recibir de la Eucaristía? ¿Qué les falta?

Así actuará a imitación de Jesús, que vino a servir, Jesús siempre al servicio de las necesidades de la gente.

Creo que ésta es la dirección correcta y no la contraria, la que se pregunta en qué condiciones deben estar las personas para acercarse a Dios.

La dirección correcta es siempre la de Jesús, por supuesto, que nunca partió de los pecados de la gente, sino de sus necesidades. Como cuando pregunta al ciego Bartimeo: "¿Qué quieres que haga por ti?" (Mc 10,51; Lc 18,41). O cuando se preocupa por el hambre de la multitud que ha venido a escucharle, o también cuando responde a la sed de la mujer de muchos maridos, ofreciéndole el agua viva, o cuando sirve pan y vino incluso al hombre que le traicionará, porque el hambre de Judas es la misma que la de todos los demás.

Tal vez, aún no hemos metabolizado la verdad que nos trajo Jesús: el Dios de la última cena, del lavatorio de los pies, portando una toalla arrodillada en el suelo, quitando las costras de suciedad de los pies de sus amigos. Un Dios a nuestro servicio, nuestro lavador de pies.

Tan chocante, tan escandalosa es esta idea, que aún no la hemos asimilado. Y tal vez no queramos asimilarla -aunque el Evangelio hable claro-, porque si de verdad entendemos que Jesús hace esto por nosotros, también nosotros deberíamos hacer lo mismo los unos a los otros.



TORINO 2024

13° raduno  
internazionale



Y es bonito terminar con unas palabras que no son mías, sino del Papa Francisco. Son palabras dirigidas en particular a los sacerdotes, pero extensibles, diría yo, a todos nosotros, cuando nos encontramos hablando del Evangelio a los demás:

"Quien quiere predicar debe estar dispuesto primero a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en su existencia concreta" (EG 150).

